



Introducción a la semana

La Semana Santa es semana de reconciliación, semana de perdón, que permite celebrar la Pascua con todo el entusiasmo. Las lecturas propias de esta semana son las de la pasión de Cristo o de los episodios que suceden en su entorno. Con un relieve especial a la que nos relata la Última Cena del Señor. Las lecturas del Siervo de Yahvé de Isaías dan fuerza y horizonte a las lecturas de la Pasión. Esta semana Santa es tiempo de silencio. Las lecturas han de inducirlo. E imprescindible, más que nunca, interiorizar la Palabra. Aunque a veces choque con la oferta de grandes manifestaciones populares. También existen las procesiones del silencio, las más auténticas.

Lun
6
Abr
2009

Evangelio del día

Semana Santa

“A los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 42, 1-7

Mirad a mi siervo,
a quien sostengo;
mi elegido,
en quien me complazco.
He puesto mi espíritu sobre él,
manifestará la justicia a las naciones.
No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.
La caña cascada no la quebrará,
la mecha vacilante no la apagará.
Manifestará la justicia con verdad.
No vacilará ni se quebrará,
hasta implantar la justicia en el país.
En su ley esperan las islas.
Esto dice el Señor, Dios,
que crea y despliega los cielos,
consolidó la tierra con su vegetación,
da el respiro al pueblo que la habita
y el aliento a quienes caminan por ella:
«Yo, el Señor,
te he llamado en mi justicia,
te cogí de la mano, te formé
e hice de ti alianza de un pueblo
y luz de las naciones,
para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la cárcel,
de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo

Sal 26, 1. 2. 3. 13-14 R/. El Señor es mi luz y mi salvación

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? R/.

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen. R/.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa.

María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice:

«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?».

Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando.

Jesús dijo:

«Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos.

Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Reflexión del Evangelio de hoy

El aspecto de sencillo triunfo que tenía la acogida a Jesús en Jerusalén que ayer celebramos, hoy continúa con las deferencias que con él tiene María y la acogida en casa de Marta, y de la reacción de credibilidad que produjo la resurrección de Lázaro entre los judíos; que tanto molesta a los sumos sacerdotes.

Pero esos aspectos triunfales llevan precisamente a la persecución. No sólo de él sino también de quien puede ser testigo de su credibilidad, Lázaro. Los sumos sacerdotes habían ya decidido su eliminación. Isaías, en su magnífico canto, eleva la condición de ese siervo: ha sido especialmente elegido, tomado de la mano por Dios, sobre él ha enviado Dios el espíritu, tendrá una misión liberadora...

Sí, este lunes no se entra de una manera decidida en los pasos que encaminan a la muerte, pero la amenaza se percibe. El salmo responsorial proclamará al Señor como mi luz y mi salvación. Pero ese estribillo se repite mientras se relata cómo es asaltado por los malvados. Al final del salmo, puesto que se sabe que la luz y la salvación viene de Dios, se insta a ser valiente, a tener ánimo, a esperar en el Señor..., para entrar en el país de la dicha

Vemos a Jesús a gusto en casa de sus amigos, en medio del entorno hostil que se genera contra él. Disfruta de la amistad en medio de las amenazas, se alegra del perfume, aunque recuerde que estaba pensado para su sepultura. Jesús no es un hombre para la muerte, de modo que en la muerte encuentra su ser real. Es hombre para la vida. Si la muerte le llega es porque alguien así lo quiso. Eso sí, el Padre está con él, como con el siervo de Yahvé; y su muerte no será inútil, sino liberadora, como lo es la misión de ese siervo De Yahvé.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar
7
Abr
2009

Evangelio del día

Semana Santa

“Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:
El Señor me llamó desde el vientre materno,
de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre.
Hizo de mi boca una espada afilada,
me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba
y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel,
por medio de ti me glorificaré».
Y yo pensaba: «En vano me he cansado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas».
En realidad el Señor defendía mi causa,
mi recompensa la custodiaba Dios.
Y ahora dice el Señor,
el que me formó desde el vientre como siervo suyo,
para que le devolviese a Jacob,
para que le reuniera a Israel;
he sido glorificado a los ojos de Dios.
Y mi Dios era mi fuerza:
«Es poco que seas mi siervo
para restablecer las tribus de Jacob
y traer de vuelta a los supervivientes de Israel.
Te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo

Sal 70. 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15ab y 17 R/. Mi boca contará tu salvación, Señor

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo derrotado para siempre;
tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo,
inclina a mí tu oído, y sálvame. R/.

Sé tú mi roca de refugio,
el alcázar donde me salve,
porque mi peña y mi alcázar eres tú.
Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno tú me sostenías. R/.

Mi boca contará tu justicia,
y todo el día tu salvación.
Dios mío, me instruiste desde mi juventud,
y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 21-33. 36-38

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo:
«En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar».
Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.
Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía.
Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó:
«Señor, ¿quién es?».
Le contestó Jesús:

«Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado».

Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo:

«Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres.

Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús:

«Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros:

“Donde yo voy no podéis venir vosotros”».

Simón Pedro le dijo:

«Señor, ¿adónde vas?».

Jesús le respondió:

«Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó:

«Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti».

Jesús le contestó:

«¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Reflexión del Evangelio de hoy

Te hago luz de las naciones.

En la primera lectura tomada del profeta Isaías se expone la misión del siervo, recibida de Dios: Proclamar la Palabra del Señor, para que reunir a los supervivientes de Israel, y ser luz de las naciones para que la salvación de Dios alcance hasta el último confín de la tierra. Por su entrega total a su misión, recibirá el nombre de Siervo de Yahvé.

El siervo no tendrá más armas que su Palabra incisiva, “más tajante que espada de doble filo”.

Jesucristo será quien realizará esta salvación en plenitud.

Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.

Estamos en la antesala de la cena pascual. Jesús está reunido con sus discípulos. Les ha lavado los pies. Y con profundo dolor les anuncia que uno de ellos va a traicionarlo.

Los discípulos se miran perplejos. Jesús no lo delata delante de sus compañeros. Responde a la pregunta de Juan ofreciendo un trozo de pan untado a Judas. Es una invitación, la última oportunidad para el discípulo traidor. No lo hace, fríamente, sino ofreciéndole su amistad.

Pero éste la rechaza. El mal puede más. Es la hora del poder de las tinieblas...

Pero amanecerá el primer día de la semana. La mañana de la Resurrección.

La traición del discípulo será para Jesús la ocasión de demostrar que su amor es más fuerte que el odio mortal de sus enemigos.

El fruto de ese amor, que da la vida libremente, será el don del Espíritu, que da al hombre la capacidad de amar sin límites.

Jesús excluye toda violencia. Muestra que Dios no impone ni coacciona, sino que es puro amor que se ofrece.

La idea de un Dios impositivo justifica el poder y la violencia entre los hombres.

El Dios de Jesús, el Padre, no justifica ninguna violencia.

Por eso no existe más juicio que el que el hombre se da a sí mismo.

La respuesta de Jesús no revela el nombre del traidor ni lo señala. “Porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. (Jn. 12, 47)

Ahora es glorificado el Hijo del hombre ...

La cruz y la gloria van unidas.

San Pablo en el himno litúrgico de la carta a los Filipenses, nos dirá:

“... Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobretodo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo; y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2, 6 - 11)

Los discípulos, como siempre, no entendieron a que se refería Jesús, pero algo sobrecogedor intuían.

Pedro le dirá: daré mi vida por ti. ¡Pobre Pedro!, tan frágil y lo ignora, no se da cuenta de lo cerca que está también él de traicionar al Maestro. Y como él, todos nosotros. Pero el Amor de Dios es más fuerte que nuestra debilidad y nuestro pecado.

Jesús nos dice: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn. 13, 13)

Esa es la misión de Jesús. Esa es también nuestra misión.



Mié
8
Abr
2009

Evangelio del día

Semana Santa

“Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 50, 4-9a

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo;
para saber decir al abatido una palabra de aliento.

Cada mañana me espabila el oído,
para que escuche como los discípulos.

El Señor Dios me abrió el oído;
yo no resistí ni me eché atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos.

El Señor Dios me ayuda,
por eso no sentía los ultrajes;
por eso endurecí el rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría defraudado.

Mi defensor está cerca,
¿quién pleiteará contra mí?

Comparezcamos juntos,
¿quién me acusará?

Que se acerque.

Mirad, el Señor Dios me ayuda,
¿quién me condenará?

Salmo

Sal 68, 8-10. 21-22. 31 y 33-34 R/. Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor

Por ti he aguantado afrentas,
la vergüenza cubrió mi rostro.

Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre.

Porque me devora el celo de tu templo,
y las afrentas con que te afrentan caen sobre mi. R/.

La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco.

Espero compasión, y no la hay;
consoladores, y no los encuentro.

En mi comida me echaron hiel,
para mi sed me dieron vinagre. R/.

Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias.

Miradlo, los humildes, y alegraos;
buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.

Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso:

«¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?».

Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

«¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?».

Él contestó:

«Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle:

“El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”».

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:

«En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar».

Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro:

«¿Soy yo acaso, Señor?».

Él respondió:

«El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:

«¿Soy yo acaso, Maestro?».

Él respondió:

«Tú lo has dicho».

Reflexión del Evangelio de hoy

“No me he echado atrás, el Señor me ayudaba”

Una persona ajena a nuestra fe, si leyese este texto pensaría que su protagonista -que para nosotros es Cristo Jesús- tuvo una dura batalla: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban, le mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salivazos”. Pero que de ella salió victorioso: “Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido... y sé que no quedaré avergonzado. Tengo cerca mi abogado... Mirad, mi Señor me ayuda; ¿quién probará que soy culpable?”. Es verdad, Cristo salió victorioso, aunque después de que algunos probarán injustamente que era culpable y reo de muerte. Pero su Señor no dejó que la injusticia prevaleciese y después de su muerte le resucitó. Su Señor nunca le abandonó y no dejó que quedara avergonzado. Después de la primera Semana Santa, millones y millones de personas, seguimos celebrando el triunfo de Cristo: su vida, su muerte y su resurrección. Después del Viernes Santo siempre llega el Domingo de Resurrección.

La traición y el misterio de Judas

Tenemos que afirmar con toda claridad que Dios nos ha dotado de libertad y siempre la respeta. El evangelio de hoy nos enfrenta a una de las decisiones más misteriosas de una persona concreta, llamada Judas. Un día, Judas quedó prendado por Jesús. Jesús le ofreció su amistad y le invitó a seguirle. Judas aceptó esta invitación. Vivió con él tres años de gran intimidad. Tuvo la suerte de saborear muy de cerca quién era Jesús, oír sus palabras, descubrir, de primera mano, sus sentimientos de amor, de perdón, de compasión, de salvación... para toda la humanidad. ¡Mejor Maestro imposible! Pues Judas, ejerciendo su libertad, fue capaz de traicionar y vender a su Maestro por un puñado de monedas. Todavía hoy nos sigue sorprendiendo su decisión. Y Jesús acusó el golpe: “Uno de vosotros me va entregar”. En este miércoles santo, ante la misteriosa traición de Judas, no nos cabe más que pedir, a nuestro Maestro y Señor, que no le traicionemos, sabiendo que traicionarle a él es traicionarnos a nosotros mismos.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

El día **9 de Abril de 2009** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).

Sáb
11
Abr
2009

Evangelio del día

Semana Santa

“Mujer, ahí tienes a tu hijo”

Primera lectura

Hoy, sábado santo, la liturgia está vacía. No hay Eucaristía, por lo que tampoco hay comentarios a las mismas. Proponemos la reflexión sobre la Cruz y María.

Salmo

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan, 19, 25-27

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. Luego dice al discípulo: ‘ahí tienes a tu madre’. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”.

Reflexión del Evangelio de hoy

El ‘vacío’ de la cruz y la ‘soledad’ del sepulcro

Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte: ‘Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar (Jn, 19, 40). La sepultura nos recuerda ‘el lugar donde son depositados los cuerpos de los difuntos’. El sepulcro evoca, con respecto a los que han muerto, ‘lo enterrado’, ‘lo oculto’, ‘lo oscuro y no expuesto a la luz’; con respecto a los que aún vivimos, el sepulcro refuerza ‘el vacío’ que representa lo que ya no tiene vida, ‘la ruptura radical’ con aquellos que han muerto, ‘la soledad afectiva’ de quien padece la separación cuando la muerte arrebató a los que queremos o sentimos especialmente cercanos.

El texto de San Juan que hemos señalado para este comentario nos puede servir para comprender el ‘vacío’ y ‘dureza’ que nos ha dejado la experiencia de la cruz en el Viernes Santo y para aliviar la ‘soledad’ y ‘oscuridad’ que nos recuerda el sepulcro. El evangelista conoce en profundidad el dolor y los desvelos humanos que produce el sufrimiento de la muerte. Le basta retomar el diálogo de Jesús con los suyos al pie de la cruz para ofrecernos una meditación nada despreciable ni alejada de nuestra condición humana. San Juan no precisa de muchos gestos o palabras para acercarnos a lo esencial. En una circunstancia límite surge el balbucir de la palabra, acompañada de una mirada, que ahora contemplamos en los tres personajes protagonistas de la escena.

La madre, el hijo y el discípulo

El texto se hace eco de un diálogo breve e intenso de Jesús en la cruz con su madre y con su discípulo amado. Con gran originalidad sitúa a la madre de Jesús en uno de los momentos más cruciales en la vida de su Hijo y a uno de sus discípulos, ‘el amado’, en una de las experiencias de relación más duras para dos amigos. Nos encontramos ante un doble gesto lleno de humanidad. Esta Palabra nos permite apreciar una reflexión madura sobre el amor de Dios en la cruz y sobre la realidad de ese mismo amor entre los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar. Veámoslo de esta manera:

Por un lado, se nos representa en la escena a una madre y a un Hijo que se encuentran para afrontar el momento definitivo de toda existencia. La ‘mirada de Jesús’ a su madre es más que un mero gesto casual o involuntario. Refleja una comunicación intensa entre un hijo y una madre. ‘Viendo a su madre’ nos evoca y recuerda la pasión interior que vivimos cuando queremos a alguien. No resulta fácil describir en palabras los afectos de filiación que surgen entre un hijo y una madre. Algo divino los recorre cuando son reflejo de una intensidad que supera la simple concreción emocional del momento. Hay gestos maternos de amor que asumiendo, como no puede ser menos, la singularidad de ser madre se extienden a todos. En boca de Jesús leemos: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. La ausencia de lo que es

singular, único e importante para cada uno de nosotros produce 'vacíos' en nuestros afectos humanos más íntimos; no obstante, 'el vacío que produce la ausencia de lo singular' se llena de esperanza y de superación cuando el amor se extiende y llega también a otros. María, madre de Jesús, se convierte como mujer, en madre de todos.

Por otro lado, un maestro y un discípulo que, habiendo compartido la vida, se encuentran para reforzar su fraternidad y amistad. Es más que un mero recreo de intimidad. Ante todo, el encuentro es un compromiso: 'desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa'. 'La soledad' de la ausencia se vuelve presencia en lo que la expresión cargada de vitalidad y experiencia refleja: 'hijo, ahí tienes a tu madre'.

No somos ajenos al dolor propio o ajeno. En la cruz o en el sepulcro y en lo que estos vocablos en la vida de Jesús representan, todos nos vemos reflejados. Estamos necesitados de encuentros intensos entre nosotros que nos ayuden a superarnos en el dolor; llamados a madurar aquellos aspectos personales que nos hacen más vulnerables; estimulados a reforzar los lazos afectivos procurando siempre la esperada meta de la fraternidad; comprometidos en renovar la vida, por débil que ésta parezca, poniendo de manifiesto nuestros compromisos con ella. En definitiva, impulsados a crecer en el amor.



Fray Jesús Díaz Sariego

Convento de Ntra. Sra. de Atocha - Madrid

El día **12 de Abril de 2009** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).